

**SACERDOTES DE COMUNIÓN (Retiro espiritual con compañeros sacerdotes)
ESQUEMA PARA LOS PARTICIPANTES**

10 PASOS PARA VIVIR COMO SACERDOTES LA COMUNIÓN

Introducción: ¿Qué es la comunión y cuál es su secreto?

- ⇒ **La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da** (cf. Rm 5,5), para hacer de todos nosotros un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano (San Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 42).
- ⇒ **El secreto de la unidad en la Iglesia, el secreto del Espíritu, es el don.** Porque Él es don, vive donándose a sí mismo y de esta manera nos mantiene unidos, haciéndonos partícipes del mismo don. Es importante creer que Dios es don, que no actúa tomando, sino dando. ¿Por qué es importante? Porque nuestra forma de ser creyentes depende de cómo entendemos a Dios. Si tenemos en mente a un Dios que arrebató, que se impone, también nosotros quisiéramos arrebatar e imponernos: ocupando espacios, reclamando relevancia, buscando poder. Pero si tenemos en el corazón a un Dios que es don, todo cambia. Si nos damos cuenta de que lo que somos es un don suyo, gratuito e inmerecido, entonces también a nosotros nos gustaría hacer de la misma vida un don. Y así, amando humildemente, sirviendo gratuitamente y con alegría, daremos al mundo la verdadera imagen de Dios. El Espíritu, memoria viviente de la Iglesia, nos recuerda que nacimos de un don y que crecemos dándonos; no preservándonos, sino entregándonos sin reservas (Papa Francisco, *Misa de Pentecostés*, 31 de mayo de 2020)

1.- Escuchemos, acojamos, meditemos y vivamos lo que nos dice la Palabra de Dios, en el contexto de los signos de los tiempos de hoy.

2º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a Pedro en ella.

3º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando al obispo en ella.

4º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a mis hermanos sacerdotes.

5º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a María en ella.

6º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a las gentes de nuestras comunidades y de nuestros barrios.

7º.- No caer en la tentación de la desunión.

8º.- Hacer nuestra la espiritualidad de la comunión.

9º.- Reconocer, abrazar y secundar la presencia de Jesús en medio de nosotros.

10º.- Renovar la comunión cuando está se haya roto.

⇒ *Espero que sirva este improvisado decálogo de la comunión. La comunión requiere mucha ascesis, y lleva sin duda a una experiencia mística, porque Dios mismo es comunión.*

Oración final:

- **Pedir y acoger, por tanto, en nuestra debilidad, la ansiada gracia de la unidad, y acompañar este don con una decidida ascesis interior consistente en la renuncia a todo aquello que me lleva a juzgar al Papa, a mi obispo, a mis hermanos sacerdotes, y todo aquello que en la Iglesia es reconocido como expresión de su pluralidad enriquecedora, han de formar parte del mismo tejido muscular del corazón del ministro en la Iglesia.**

“Pedimos a Dios que afiance la unidad dentro de la Iglesia, unidad que se enriquece con diferencias que se reconcilian por la acción del Espíritu Santo. Porque fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo (1 Corintios 12,13) donde cada uno hace su aporte distintivo. Como decía san Agustín: *El oído ve a través del ojo, y el ojo escucha a través del oído*” (Papa Francisco. Encíclica Fratelli Tutti, nº 280).

Ven, Espíritu Santo, Tú que eres armonía, haznos constructores de unidad; Tú que siempre te das, concédenos la valentía de salir de nosotros mismos, de amarnos y ayudarnos, para llegar a ser una sola familia. Amén (Papa Francisco, Misa de Pentecostés, 31 de mayo de 2020)

Tres textos paulinos para meditar:

Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la Iglesia Dios puso en primer lugar a los apóstoles; en segundo lugar, a los profetas; en el tercero, a los maestros; después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan? Ambicionad los carismas mayores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente. Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría (1 Cor. 12,27-13,3).

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará. Porque conocemos imperfectamente, e imperfectamente profetizamos; mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios. En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor (1 Cor. 13, 4-7)

¡No os mintáis unos a otros!: os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis revestido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador, donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo, que lo es todo, y en todos. Así pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos (Colosenses 3, 9-15).

Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo, y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. Por eso dice la Escritura: Subió a lo alto llevando cautivos | y dio dones a los hombres. Decir subió supone que había bajado a lo profundo de la tierra; y el que bajó es el mismo que subió por encima de los cielos para llenar el universo. Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud (Efesios 4, 2-13).

